

de sus acciones, la sociedad hace una vida artificial y precaria, sin tomar contacto con la realidad. Es como un hombre que creyera estar en gracia de Dios, porque ha asistido a misa y realizado mecánicamente todos los movimientos del culto y repetido los cantos y oraciones, sin entenderlas. Las ritualidades del culto no sirven de nada si no van acompañadas de la fe en Dios y de un esfuerzo supremo para comprender su naturaleza. El respeto y la observancia de las leyes es negativo si no se tiene en vista al cumplirlas los fines superiores del bien y la justicia.

En resumen, el libro «Justicia con alma» es el más noble esfuerzo que se ha hecho entre nosotros por humanizar a los tribunales y llevar a sus decisiones el impulso vivificante del sentimiento.—D. PERRY B.

<https://doi.org/10.29393/At145-160JOP110160>

PROYECCIONES DE LA INTUICIÓN, por *Enrique Molina*. Prensas de la Universidad de Chile.

Con este título, Enrique Molina, Presidente de la Universidad de Concepción, hace un nuevo aporte valioso a la filosofía de Bergson. Ya otras veces se había ocupado en la exégesis y comentario del insigne pensador, con el mismo éxito que en su nueva obra.

En una primera parte habla del método intuitivo: aunque Bergson es el más ilustre defensor de este método, sin embargo no principia con él. Lo encontramos en los albores del pensamiento filosófico griego, cuando los filósofos presocráticos se preocupaban con interrogantes cosmogónicos. Platón lo practicó también. Sócrates y Aristóteles, estableciendo las bases de la ciencia, se separaron de él. Posteriormente Descartes, Pascal, Fichte, Shelling lo han practicado, o aceptado. Más modernamente Spengler y Keyserling «practican la intuición con alarde de profetas». Después de analizar varias nociones para él in-

aceptables de la intuición, entra a estudiarla en Bergson: la inteligencia es el instrumento de la ciencia; la intuición es la antorcha del filósofo. La primera estudia esquemas artificiosos aprehendidos en un momento dado, cuando nos asomamos a la realidad, que es devenir, y que se estabilizan en ideas y sensaciones. Por la intuición, «método de conocer por instinto, adivinación y simpatía»; podemos conocer el cambio, la duración, penetrar «al interior de un objeto para coincidir con lo que tiene de único y, por consiguiente, de inefable, de incomunicable». Y estos dos últimos son también caracteres de la intuición. Ella es incomunicable, porque es inefable. De ella sólo cabe tener la vivencia. El autor no ve en la intuición sino una fase de la inteligencia, forma imperfecta de conocimiento, que es punto de partida para el sabio que busca la verdad y para el artista que persigue la belleza. En suma, es «principio luminoso de un proceso que debe entregarse a las reacciones comprobatorias o a los procedimientos técnicos ideados por la inteligencia».

Luego en capítulos sucesivos estudia las bases generales de la filosofía del autor de «Evolución creadora» y su pensamiento en torno a las altas cuestiones de la Libertad, el Espíritu, la Moral y la Religión y especialmente hace audaces exploraciones para considerar «los aspectos históricos, sociológicos y socialmente prácticos del problema de la libertad» que no trató el filósofo.

En general, el tratado revela un conocimiento profundo y estudios dilatados en la obra bergsoniana. El autor elabora sus comentarios con dialéctica impecable unas veces; otras, incurre en cierta obscuridad de conceptos. Así, por ejemplo, se declara partidario de la doctrina que Rusell llama monismo neutral, que quiere una substancia que no sea ni materia ni espíritu y todo porque «cuando he tratado de imaginármelo (el espíritu) he tenido que materializarlo en alguna forma»; como si esto no obedeciera a una ley psicológica, sin perjudicar en ningún caso.

el contenido de la idea, pues sabemos que para pensar, así sea lo más inmaterial, necesitamos siempre de las imágenes materiales. Cuando Bergson quiere establecer la diferencia entre lo mental y lo orgánico cerebral, con un simple símil de las relaciones entre el clavo y el traje que lo retiene, lo censura, con razón y lo tacha de complacerse en «amenos juegos literarios». Mas a poco andar tropieza con la doctrina que sobre el espíritu defiende H. Hoffding y la acepta, aunque es igualmente rechazable si es fundada en el símil que se cita para corroborarla. No somos muy conocedores de la obra total del señor Molina. Sin embargo, sin extremar mucho el análisis, no parece muy aventurado afirmar que en él se adivina la falta de espíritu sistemático en sus concepciones. Parece más bien un catador ecléctico del pensamiento de los filósofos modernos.

Existe en el estudio comentado la ventaja de la exposición precisa, iluminada con acierto con oportunas imágenes del filósofo o del exegeta. Por lo dicho al principio, parece que éste no sea partidario de la intuición en el sentido que la toma su sistematizador y es que, en verdad, cuando ella se considera como el método propio de la filosofía en cuanto «modo de conocer por instinto, adivinación y simpatía», no deja de ser peligroso y posible dejarse seducir por los cantos de sirena de la imaginación; abandonando el rigor científico de las ideas, que son las únicas que nos conducen a la verdad. Sin tiempo para comentar a espacio y puntualizadamente el estudio del señor Molina, nos contentamos con esta glosa generalísima y nos felicitamos de que haya caído en nuestras manos, porque es un aporte de valor al mejor conocimiento, difusión y dilucidación del pensamiento de Bergson.—JOSÉ OCHOA MEJÍA.